

mismo ha perdido la noción geográfica de lo recorrido. Así, sostiene que para ir a San Rosendo hay que pasar por la costa, siendo que la realidad es muy otra, pues San Rosendo queda en la línea central y el viaje se hace directamente de Santiago sin necesidad de derivar hacia la costa. También cree que a la región de Monte Aguila pueden llegar frescos salmones del lago Villarica, llevados por indios por la cordillera de los Andes. Nosotros nos permitimos dudar de esto, porque la distancia que hay entre ambos puntos es tal, que es muy difícil que ello sea posible. Detalles, por lo demás, más propios de ser hurgados por un crítico cazador de gazapos, que por un lector que sólo coge lo esencial, lo humano que entraña toda obra artística.

En la pintura de los ambientes y en las descripciones de la naturaleza, Edwards Bello es escueto, sólo traza el rasgo esencial, indispensable para suscitar la evocación. Hay en ella cierta sequedad que lo aleja de la poesía, como si le estuviese vedado elevarse en un arranque poético para olvidar, por un instante siquiera, a sus personajes, cuyas vidas planean a ras de tierra. Acaso Edwards ha obrado así como una reacción contra esa literatura que se vale de la novela y del cuento para describir frondosamente el paisaje, y que ha dado páginas de imperecedera belleza a nuestras letras.

En «La Chica del Crillón» encontramos la auténtica personalidad de Joaquín Edwards Bello. Al leerla, nos parecía estar escuchando su conversación burbujeante y animosa.—MILTON ROSSEL.



MERCEDES URIZAR, *Novela por Luis Durand*; Ed. Nascimento; Santiago.

Una novela hecha y derecha. Maciza y bien articulada, sin desvíos ni transgresiones técnicas, deja, al leerla, una impresión

de cosa grande e inusitada. Pese a algunos defectos y defectillos.

Desde el principio hasta el fin, la acción rueda y rueda, segura, sobre los dóciles rieles de la amenidad y de la variedad. Y los capítulos pasan y pasan, sin advertírseles, embebida la atención del lector en el panorama que la intriga va desarrollando. Una intriga simple, si se quiere, sin complicaciones imprevistas ni intencionadas alternativas, que casi no es intriga; pero en la que, bajo una ajustada trabazón de cuadros entretendidos de costumbrismo y de suave realismo, palpita el nervio del más vivo y recóndito interés. Ahí, precisamente, en el subsuelo sentimental de la novela, del que surge, literaria, la figura de Andrés García, está a nuestro parecer, el mejor tesoro de ella.

Es ese Andrés García el que, al bajar una tarde del tren, con su nombramiento de ayudante de escuela en el bolsillo, en la estación de Villa Hermosa (al transbordar, más bien, del tren ordinario de su aporreada vida al tren expreso de su pasión), nos embarca con todos nuestros sentidos en el vívido rodar del relato. El es, en la novela, la figura principal, aunque el autor le haya dado a su obra el nombre de Mercedes Urizar.

En realidad, esa epónima Mercedes Urizar, mujer que Durand traza de gran relieve y de grandes atributos personales, no tiene derechos suficientes para recabar el título del libro. No es el mérito ostensible de un personaje lo que le da importancia en una obra, sino las condiciones especiales en que él actúa.

Y en este caso, es Andrés García; joven tímido y apocado, indeciso, sentimental y sentimentalón a veces, enamorado fulminantemente de Mercedes Urizar, la directora de la escuela, quien forma y teje el fondo de la trama. Está en todos los capítulos, y en todas las situaciones. Quitado él, la novela se desharía. En cambio, Mercedes Urizar, con todas sus prestancias físicas y preponderancias, y con su «tono mayor» en el plan de la novela, no bastaría por sí sola a sostenerla. Es, pues, ese amor

desesperado y fanático, y algo taimado, de Andrés García por Mercedes,—de quien no obstante, es correspondido y por quien muere trágicamente (era ella, la que debió morir)—, la cuerda de este arco.

Está bien, muy bien, ese tipo taimadamente insatisfecho y frágil de Andrés García. Está tan bien, que a veces logra enfadarnos. Al crearlo, Luis Durand se ha «recreado» a sí mismo; y es a él, al autor, al que deberíamos dirigir íntimamente nuestro impulsivo reproche. Y bien está esa magnífica Mercedes Urizar, aunque le encontremos cierta falta de generosidad en el amor (mujer al fin) y bien pintados están, Elena y Pedro Arriagada, y Arlegui, y la viuda de Fernández. La figura de Elena, débil, doliente, como lunar, vale tanto, casi, como la de Mercedes; y pudo haber sido la gran complicación de la novela.

Y muy bien dadas están la sensación del ambiente y la del paisaje. La del paisaje, sobre todo. Luis Durand lo siente; no lo ve: sabe traducirlo íntimamente:

«... En un recodo próximo, un rayo de sol se cernía sobre la ramazón de las quilas, dándoles el aspecto de una enorme esponja de oro. De los brazos de un coigüe gigantesco colgaba con gracia ingrávida la liana de las copihueras, cuyas flores temblaban leves en guirnaldas de ensueño. Entre el dulce misterio de la selva, los huíos y los chucaos perforaban el silencio con su grito característico. Unos novillos de hermoso pelaje que pastaban entre los troncos del faldeo, se internaron apresurados en la espesura. En el cielo, de diáfana azulidad, se desgarraban unas nubes rosadas que el viento afinaba, dándoles forma de siluetas femeninas, tal si las hadas de los bosques bailaran sobre las altas copas de los árboles». (Pág. 192).

Hermosa descripción objetiva, de los alrededores de Lolén. Tan bella como esta otra, subjetivada.

«La luna, como un arete blanco enredado entre los árboles, se había alzado sobre el campo para derramar su halo de blanca suavidad. Un aliento fresco llegaba desde las quebradas,

entre cuyos ramajes dormían los pájaros, descansando de su dulce fatiga de errar por el azul. La brisa traía un olor a follaje empapado en la deliciosa humedad de las vegas próximas, donde los pidencos lanzaban sus silbidos vibrantes. Desde la montaña, donde el viento destrenzaba las altas copas de los árboles, llegaba un rumor hondo, como el de una sinfonía lejana. En el alto del camino veíanse las luces de las casas de Lolén, escondidas entre los árboles. Desteñido de distancia, llegó hasta ellos el ladrar de los perros y el grito intermitente de algún chiquillo retrasado en los escondrijos del sendero...» (pág. 199).

Como un sendero de montaña, precisamente, algo inculto y pintoresco, que se interna confiado por entre la espesura, es el estilo de Durand. A veces, hay que enredarse y trastabillar un poco para seguirle a través de la fronda de sus capítulos. ¿Qué importa? Bien vale la pequeña incomodidad material! el gran deleite que nos proporciona; y... no se va al monte por ver el camino.

Otra cosa quisiéramos repararle: Esa abundancia de expresiones interrogativas finales, en los diálogos; tales como: «¿No le parece?», «¿No es cierto?» «¿Verdad?», que sin ser lugares comunes, son modos comunes de expresión, a todos los personajes...

En suma, esta novela es, como apuntamos más arriba, de una factura entre costumbrista y realista. Con médula romántica. Y un sabor bien chileno. Es, con «Tierra de Pellines», el mejor, a nuestro parecer, de los cinco libros que lleva publicados el autor, en cinco años.—GUILLERMO KOHNENKAMPF.



CINCO AGUILAS BLANCAS, por Humberto Tejera.

Memorias de un poeta venezolano que deambulara por América y fuera asesinado en plena juventud, este libro de